



CULTURA LATINA Y SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

Pensar lo procomún

Prof. Dr. D. Francisco SIERRA CABALLERO

Departamento de Periodismo I

Facultad de Comunicación

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Avda. Américo Vespucio, s/n

Isla de la Cartuja 41092 Sevilla

E-mail: fsierra@us.es

www.compoliticas.org

Francisco SIERRA CABALLERO es Profesor Titular de Teoría de la Comunicación de la Universidad de Sevilla, donde dirige el Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social y la Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación. REDES.COM. Experto en políticas de comunicación, nuevas tecnologías y participación ciudadana de la Unión Europea, ha impartido clases y conferencias como profesor invitado en prestigiosas universidades y centros de investigación de la UE y América Latina. Autor de numerosos estudios y ensayos en materia de comunicación y desarrollo, políticas de comunicación y teoría de los medios, ha publicado recientemente “Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la sociedad del conocimiento” (Gedisa, Madrid, 2006). En la actualidad, es Secretario de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEP-ICC).

INTRODUCCIÓN

Si la cultura más que un sistema cerrado constituye una posibilidad, la potencia creativa del límite, siempre abierta a nuevas preguntas y reformulaciones, qué duda cabe que la cultura latina puede y debe ser redefinida, impulsada al calor del nuevo marco de relaciones internacionales y de construcción de una *cultura en común* ante las actuales dinámicas de desarrollo de la Sociedad de la Información y del Conocimiento. Es el momento, pues, a nuestro juicio, de dilucidar los compromisos académicos de la investigación en comunicación si de proyectar nuevos escenarios de futuro sostenibles y con garantías de autonomía para el desarrollo se trata, mediante la identificación de los elementos comunes que pueden contribuir a la configuración de un nuevo marco de integración y convergencia regional en la era de la información, apuntando los horizontes y retos político-culturales de “lo latino” en lo que algunos hemos convenido denominar Capitalismo Cognitivo.

Partimos, como se advertía en la introducción, de una idea matriz: el propósito de este ejercicio teórico no puede resultar más pertinente y oportuno en el actual contexto histórico. Pues el recobrado interés por las identidades que nos vinculan y distinguen tiene lugar precisamente cuando se están fijando nuevas demarcaciones culturales, nuevas formas *invisibles* de de/limitación, que establecen márgenes de libertad y restricciones, estructuras desiguales e injustas de división del trabajo cultural que nos excluyen y *limitan*, imponiendo espacios domésticos de reproducción que esterilizan la capacidad de nuestras culturas populares para crecer y subsistir en el nuevo dominio científico-técnico de la Sociedad del Conocimiento. En esta deriva lógica de distinción y ordenamiento, el reconocimiento de los lugares comunes que nos vinculan y, de algún modo, nos afectan vuelve a incidir en los tópicos ilustrados de un orden del discurso potencialmente liberador pero en la práctica poco o nada productivo. En él, se insiste que, en efecto, es manifiesta una íntima y genuina tradición cultural que nos conecta y compromete en la común herencia y las historias paralelas de colonizaciones, devenir político y transformaciones recientes de nuestra contemporaneidad, en un territorio marcado por una peculiar dialéctica de tradición y modernidad, de integración y aislamiento, de expansión y colonización a la vez que de

mestizaje y convulsa creatividad originaria que proyecta globalmente excelentes ejemplos de la importancia y riqueza de esta diversidad cultural. La historia compartida, de este espacio común imaginario, conforma, en efecto, un patrimonio cultural diverso capaz de definir un proyecto económico, político y cultural que podría servirnos como nunca antes en nuestra historia, una peculiar posición periférica que de la necesidad virtud nos permita proyectarnos en mejores condiciones frente a la actual situación claramente de subalternidad.

Hoy más que nunca, cuando constatamos que “a los pueblos pequeños nadie les da oídos” (Saramago dixit), esta alejada posición de los centros de poder y decisión económico-políticos no solo conforman una ventaja competitiva, sino la condición necesaria para aprender a pensar nuevos escenarios y reglas del juego en los procesos de desarrollo a ambos lados del Atlántico, más allá, desde luego, de los muros simbólicos y las aduanas económico-culturales que nos mantienen aislados en una estéril diferencia que nos lleva a la indiferencia ante la suerte o deriva del aislamiento del “Otro” mientras seguimos separados o, en palabras de García Canclini, desconectados en la era de las redes y la conectividad global.

La importancia y necesidad de una alianza latina en la defensa de una posición común que, a partir de nuestro legado y potencial económico-cultural, fortalezca el papel de interlocutor y mediadores en las relaciones internacionales no solo ante centros de poder como la UE, sino en el marco de la división internacional del trabajo cultural que se perfila al amparo del nuevo proceso de reestructuración capitalista constituye, vaya por delante, una premisa, a nuestro modo de ver, incuestionable del diagnóstico de nuestro tiempo.

UN MAPA COGNITIVO DE LA CUESTIÓN

Desde el punto de vista teórico, y a tenor del contexto histórico que viene configurándose en las relaciones culturales, parece lógico pensar que, en el mundo que está conformándose con la globalización de la sociedad-red, la propia noción de ciudadanía cultural iberoamericano nos lleve a reformular los planteamientos de partida para asumir una visión federalista que trascienda la mirada binacional cuestionando, en la era del modo de organización imperial, la perspectiva del Estado-nación, cuando más necesario es aprender a pensar sin Estado, o, más exactamente, cuando más necesitamos redefinir nuestras estrategias y las relaciones de dominación desde el pensamiento del límite que desenmascara las fronteras como delimitaciones artificiales de control político-militar y de reorganización de los flujos de mercancías y capitales. Este es el reto de la globalización y de quienes abogamos por defender la diversidad cultural. En un anterior trabajo, insistíamos que este debiera ser el primer paso para quienes pensamos que en estas tierras ignotas de Occidente, en el marco de la UE, todos somos ibéricos (Sierra, 2008d). De lo contrario, asistiremos impasibles al desgajamiento simbólico o “fantasmal” del espectro de Iberia, mientras discutimos sobre las formas de superar la brecha con Europa sin saber si no es más conveniente tomar el rumbo de América o construir con nuestro barco de ilusiones, nuevos trayectos en el mapa de la historia, con otra carta de navegación y un nuevo cuaderno de bitácora, como en parte les sucede a los personajes de la novela de José Saramago, “La balsa de piedra”. El desgajamiento de la Península Ibérica del viejo continente convirtiéndose en un territorio a la deriva que navega por el Atlántico, en busca de una nueva localización, es una genial metáfora del momento en el que nos encontramos.

En la novela de Saramago, todos los esfuerzos por ponderar y detener la “peligrosa” deriva de la península fracasan ante la travesía y evolución ineluctable de un curso de navegación que convierte a nuestro territorio en un trozo de unión entre América y Europa, y desde luego, entre Europa y el continente africano. La conclusión que puede colegir el lector es, a este respecto, utópicamente reveladora: la necesidad de que Europa mire al sur para que, en compensación por sus abusos coloniales, antiguos y modernos, contribuya a equilibrar el mundo desde el compromiso ético, desde la justicia y la igualdad. El artista sevillano Pedro G. Romero ironizaba, en el mismo sentido, sobre la idea de península navegante al representar en forma de balsa de piedra despegada de los Pirineos el curso de la historia que nos une a la América precolombina

y a la cultura híbrida latina del subcontinente latinoamericano. Ya decía Ortega que la esencia de lo ibérico ha sido y es la peculiar resistencia a Europa, siendo ella misma, la cultura ibérica, parte de Europa, en forma de curiosa o paradójica dislocación de ambos países hacia Occidente. Tradición y modernidad, decíamos, conforman la peculiar cultura común, entre un talante dinámico, capaz, vital, moderno y optimista, que cree y trabaja duro por un porvenir mejor, y otro doliente y quejoso que parece incapaz de creer en el futuro empeñado como está en la idea de cuanto peor, mejor.

Siendo en parte cierta la aseveración de Ortega, quizás es el momento de que esta deriva pueda ser interpretada más que como circunstancia o accidente, como elección y posición elegida, para pasar del discurso de la cultura ibérica como paradigma de la cultura occidental desviada y marginal, a la afirmación de la periferia de las culturas emergentes y subalternas del indigenismo y los excluidos del mundo en el nuevo horizonte poscolonial. Un discurso tal trata de pasar del imaginario del aislamiento a la afirmación de la diferencia, interpretando el iberismo como la figuración antagonista de lo Otro, o los otros, las voces no asimiladas, irrepresentables o invisibles, inasibles y resistentes a lo hegemónico, la insurgencia de pueblos de frontera *invisibilizados*, la perfecta anomalía salvaje, el locus y humus de un apego insondable a la tierra y la cultura, característica, a decir de algunos expertos, de la cultura ibérica y, por extensión, o como resultado de las invasiones, de la región latinoamericana.

Esta, no obstante, no es la única característica definitoria de nuestra cultura regional. Los procesos de hibridación entre formas autoritarias de soberanía oligárquico-esclavista coloniales y formas de modernización desarrollista dirigidas por las élites tecno-burocráticas de los Estados nacionales y el poder económico de las antiguas metrópolis o del centro del sistema económico internacional han marcado también históricamente el proceso de construcción de los sistemas informativos y del espacio público en nuestra región. La forma-Estado nacional en Iberoamérica ha sido, como resultado, débil, con insuficiente autonomía, subordinada a las relaciones imperialistas o interimperialistas de organización, de acuerdo a estructuras de biopoder patriarcales y racistas. En este marco, y condicionados por el discurso del determinismo tecnológico y de la economía política de la Aldea Global, los países iberoamericanos han estado sujetos a un intercambio cultural adverso y desigual en las relaciones de fuerza con las naciones del centro del sistema mundial, dando lugar a estructuras

comunicativas altamente concentradas o, habitualmente, a una economía de las industrias culturales totalmente dependiente del consumo y de las condiciones definidas por la división internacional del trabajo cultural. Hoy, sin embargo, esta particular dialéctica está siendo significativamente alterada. Se observa, en primer lugar, una nueva subjetividad política, nuevas luchas y formas de resistencia cultural de los movimientos y actores sociales que tratan de transformar el espacio público de los débiles Estados nacionales en favor de un espacio abierto y plural, común a todos los actores en el nuevo horizonte político-económico posnacional. Paralelamente, la existencia de distintos acercamientos y estrategias de desarrollo de países como Brasil, Venezuela o Argentina, pone de manifiesto la importancia de una alianza y posición común que, a partir de nuestro legado y potencial económico, fortalezca el papel de interlocutor y mediadores culturales en el nuevo sistema internacional, más allá de iniciativas como Mercosur o el ALBA. Y ello podría decirse respecto a las relaciones de los países ibéricos con Latinoamérica.

La intensificación de los intercambios comerciales y financieros y el incremento de las relaciones culturales, científicas y académicas de España y Portugal con América Latina han alcanzado en los últimos años cotas y dimensiones inimaginables hace décadas. La inversión española, por ejemplo, en Iberoamérica de casi la mitad del presupuesto destinado a cooperación al desarrollo y la creciente inversión de empresas hispanas en países del subcontinente, con cifras que han superado los 100.000 millones de euros en pocos años, evidencian la importancia y prioridad que Latinoamérica tiene para el desarrollo económico y cultural de nuestro país. Más allá de las cumbres de la UE y de los acuerdos de asociación preferencial con países iberoamericanos, la visibilidad creciente de la llamada Comunidad Iberoamericana de Naciones ha renovado el interés y preocupación pública por la integración cultural en un mismo espacio político-económico. La decisión de la Declaración de Santa Cruz de la Sierra en la XIII Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno de crear una Secretaría General Iberoamericana permanente inaugura de hecho una nueva etapa de recuperación del espíritu del 92, impulsando el conocimiento, los foros de diálogo y participación pública a ambos lados del Atlántico, en el empeño por contribuir a una mejor integración política y cultural. En este nuevo marco, las políticas de cooperación en comunicación y cultura están adquiriendo una función estratégica de articulación. La construcción del espacio iberoamericano a través de programas de cooperación y

proyectos de formación cultural pensados para impulsar el sector y garantizar el desarrollo de los sistemas de información y conocimiento autóctonos han comenzado, en efecto, a adquirir el valor y relevancia política que demandan los retos de definición de este nuevo ámbito común de colaboración y desarrollo regional. En este nuevo escenario, movimientos como IBERCOM, iniciado en Brasil en el año 1986, vienen tratando de definir un proyecto de cooperación e intercambio entre investigadores y académicos de la comunicación a uno y otro lado del Atlántico, a fin de propiciar el diálogo cultural para la integración y la discusión científica de alto nivel, que de verdad contribuyan al conocimiento y la formación universitaria de excelencia en la construcción de la identidad y el proceso de integración de Iberoamérica ante el actual desarrollo económico, político y social del nuevo universo mediático digital. Las inversiones de empresas de telecomunicaciones y multimedia en Latinoamérica están profundizando al tiempo la presencia de la lengua castellana y de las culturas latinas diversas y multiétnicas de Iberoamérica en los mercados globales, estrechando aún más los flujos e intercambios comerciales en el sector de la comunicación y la cultura.

Ahora bien, a fin de garantizar un proyecto sostenible de futuro, la Comunicología iberoamericana debe redefinir los marcos lógicos de observación. Para el éxito de esta empresa de integración regional es preciso promover el ejercicio de pensar y forzar los límites, de desenmascarar las máscaras, de construir en común una “cultura de frontera”, de frentes culturales, y de confrontación productiva de formas de sentir e imaginar comunes y distintas, realimentando el patrimonio territorial y geopolítico común, la penuria y el subdesarrollo estructural que nos define como culturas marginales o periféricas en comunión por la reivindicación de las necesidades de desarrollo territorial y colectivo de otras periferias y modos de enunciar que habitan en el mundo, en nuestro mundo colonizado y explotado; entre otras razones, porque , como venimos apuntando, los procesos de formación del Estado en América Latina, vale decir también en Iberoamérica, se asienta sobre las bases patriarcales y esclavistas de un Estado oligárquico primero, corporativo luego y finalmente nacional-desarrollista que no permite hoy garantizar los derechos culturales de la ciudadanía en la era global del neoliberalismo.

Como apuntábamos páginas más arriba, desde el punto de vista conceptual, parece lógico que, en el mundo que está conformándose con la globalización de la sociedad-red, la cooperación en comunicación y cultura reformule sus visiones y estrategias tradicionales para asumir una visión federalista y supranacional, o mejor aún, posnacional, que trascienda la mirada bilateral hoy dominante en nuestro ámbito de actuación, a fin de trascender, en la era del modo de organización imperial, los limitados márgenes de maniobra de las políticas culturales que vienen dados por la perspectiva del Estado-nación, cuando más necesario es, precisamente, aprender a pensar sin Estado, o, más exactamente, cuando más necesitamos redefinir nuestras estrategias y las relaciones de dominación en la comunicación y la cultura global, más allá de las fronteras y de las delimitaciones artificiales de control político-militar de reorganización de los flujos de mercancías y capitales que han marcado desde el siglo XIX la historia político-cultural de Iberoamérica. Este sin duda alguna es el principal reto de la globalización para la defensa de un nuevo espacio multivalente, complejo y productivo de cooperación y promoción de la diversidad cultural. Para ello es preciso un diálogo intercultural crítico y creativo. No basta mirar u oír las creaciones y modelos culturales allende las fronteras, como siempre ha venido proponiendo el iberismo intelectual, desde hace más de un siglo. Para entender al Otro hay que convertirse en intérprete, y mejor aún en objeto interpretado. Partimos para ello, como ventaja, de la potente creatividad y vitalismo irreductibles a la gramática del Capital, como allende los mares. La “mentalidad de Poniente” (Lourenço dixit) - el viejo sentido de la tierra, de la propiedad, los hábitos y modos de vida - constituye un material difícilmente absorbible por el Capital, que pone por condición primera la falta de *hábitos*, en un mundo *inhabitable*. . Y este no es un capital, o cultivo social cualquiera, es el potente ecosistema de vida que nos permite seguir pisando suelo firme en un tiempo en el que, como decía Marx, todo se disuelve en el aire, más aún en un tiempo calificado por Bauman como de modernidad líquida.

Ahora bien, paradójicamente, este apego a la tierra, este cúmulo de energía, vida y hábito cultural, se debate en la contradicción que paraliza los proyectos de futuro en la región. Como advierte Fernando Rodríguez de la Flor, “en cuanto que pensamiento que se expresa en un habla de la frontera, y se vierte en la creación de un perfil del lugar o lugares donde desfallece y se anula en realidad la energía capitalista, ese iberismo, sin duda, también consiste en la reivindicación expresa de unos reinos de perfil *desvaído* (quizás estemos tratando del depósito de la memoria de reinos perdidos), en todo caso

de lugares en donde sea ostentosa la existencia de una condición, como diría A. García Calvo (...) no progresada. Es decir de una tierra que renuncia (o le hacen renunciar) a vivir la prosperidad y el progreso franco (en medio del cual habita) y que, en realidad lo desdeña y le da la espalda, quizás por nostalgias de algo más antiguo y esencial”.

Por ello, en buena medida, el empeño del proyecto de reconstrucción de la Comunidad Iberoamericana de Naciones en la Sociedad de la Información debe partir también de un compromiso y esfuerzo de pedagogía política de la memoria que actualice nuestras lecturas convergentes y disímiles de republicanismo, dictaduras, modernidades, transiciones, y, desde luego, de imperialismos y colonizaciones varias, en África y, fundamentalmente, América. El Capital no tiene memoria, pero la cultura sí. Toda fórmula o pretensión cultural de “lo latino”, si no quiere ser una forma reactiva o arcaísmo ingenuo, pasa por la interpretación del pasado y del presente-futuro, desde el punto de vista utópico, esto es, como anticipación y voluntad transformadora de nuestro futuro común. Evocar y reivindicar la cultura común ha de ser una forma de resistencia intelectual y político-cultural. Especialmente cuando hoy se piensa el desarrollo cultural desde una visión idealista, poco o nada reivindicativa, según una visión *mitopoética* que trata de exaltar las tradiciones de España y Portugal, con la fe puesta en conformar un eje territorial del Poniente como la posmoderna zona provenzal del capitalismo integrado angloamericano y nórdico de la UE, definiendo el iberismo posible como la renuncia precisamente a la voluntad de cambio y de poder, de voz y de palabra. Esta forma *posiberista*, o postmoderna, construye un relato que podríamos calificar como foráneo, pues observa el futuro ibérico desde fuera, no desde dentro, desde Bruselas o los centros del poder del capital transnacional, no desde los sujetos históricos concretos del Algarbe, Andalucía, Beira Interior o Extremadura. Se trata de un iberismo forjado por *lusistas* e *hispanistas*, o por intelectuales autóctonos que hablan de hermanamiento haciendo abstracción de la vida e historia material de nuestros pueblos, anulando la singularidad conflictiva y la posición periférica para reeditar nuestro patrimonio cultural en el margen, privilegiado, pero margen al fin y al cabo, del centro del sistema capitalista imperial, al no problematizar las relaciones de poder y las conexiones económico-culturales que atraviesan estos procesos identitarios, del pensamiento y organización del territorio.

Si no queremos ser los portavoces de un proyecto de integración basado en los mitos y relatos arqueológicos de los pueblos fundadores, para convertir nuestro territorio y patrimonio cultural en capital circulante, en campo estratégico de acumulación y especialización productiva del capital transnacional, es preciso recobrar la memoria viva del iberismo como pensamiento intempestivo, federalista, transformador y emancipatorio, como el relato incómodo de un futuro por venir, como la historia inconclusa a escribir por los nuevos bárbaros íberos y nómadas que viven subyugados en las fronteras de exclusión y aislamiento de nuestras economías subdesarrolladas, sobreviviendo en los pliegues del nuevo sistema-mundo de explotación y civilización destructiva, como la teoría y práctica de la resistencia al Imperio por la dignidad y la memoria de los olvidados, de los sin tierra, de los apátridas, de los metecos y esclavos de la globalización, por los sin voz que naufragan a la deriva, como esta tierra ignota, o desierto, dominio vacío que escapa al control, pero que en cualquier momento puede colonizar, y de hecho coloniza, el Capital.

No se trata, en fin de un viaje o ruta de la inclusión, sino más bien el deambular por los espacios e intersticios excluyentes de la marginalidad y la periferia. Como en la fábula de Saramago, se trata de horadar las grietas que aparecen sobre la tierra como una oportunidad promisorio para un futuro compartido. Pero no es posible promesa de futuro sin compromiso ni apuesta por el espacio latinoamericano como un espacio común, como un espacio crítico de *heterotopía*, de utopía compartida desde el disenso y el compromiso con el pensamiento y las luchas por la dignidad en América Latina.

POLÍTICA CULTURAL Y COMUNICOLOGÍA LATINA

En la construcción de un ecosistema latino de comunicación y cultura regional, la primera tarea pendiente de la Comunicología iberoamericana debe ser tratar de avanzar protocolos de validación, organización interna y proyectos de trabajo conjuntos que contribuyan al desarrollo de la formación e investigación en comunicación en el actual proceso de transformación tecnológica de la era digital. Empeño que pasa por comenzar a valorizar, especialmente en España y Portugal – sordos, mudos y ciegos, ante los cambios e innovaciones científico-técnicas y culturales de Latinoamérica - los principales rasgos de nuestra cultura común. A saber:

- 1. La rica y compleja diversidad de la cultura popular.** Las ferias, músicas, olores, colores y memoria cultural de los pueblos de América Latina y el Caribe, como los de la Península Ibérica, se han distinguido tradicionalmente por una fuerza y potencia creativa dignas de consideración. El folclor brota desde debajo de las piedras, en la piel, en el aire. Relatos y anécdotas, paisajes y espacios sociales dan cuenta de unas sociedades creativas y diversas, de compleja configuración cultural, tejida en redes sociales basadas en el arte de la conversación. Bien es cierto que, como explica Stephen Millar, la conversación, como arte, como forma de construcción de lo público es una práctica en decadencia a partir del siglo XVIII, con la consiguiente crisis de lo público, o la subsunción de la opinión pública, a decir de Habermas, por los medios o industrias de reproducción informativa. Pero no todas las formas de modernidad han sido así en la región. Y nuestra labor es reconstruirla. Más aún considerando su importancia estratégica. Pues hoy, en la era de la cultura blog como dispositivo expandido de conversación multilateral y semipública, la cultura popular iberoamericana tiene la posibilidad de proyectarse como poseedora de este arte y poder de ligar, de vincular, hablando por hablar. La conversación como flirteo, como liberación promiscua de la palabra, la charla sin pincel, el trazo grueso de la derivación incomprensible siguen marcando las formas de producción de nuestro espacio público. Este capital cultural se proyecta no solo en la fuerza del idioma, por lo demás diversa en sus modalidades, acentos y modos de enunciación, sino sobre todo en una potente e irreductible cultura oral, resistente a todo despotismo ilustrado y a *las lógicas logocéntricas* colonizadoras y foráneas que han tratado de imponerse sobre los códigos culturales autóctonos, por ejemplo a través de los proyectos de construcción nacional de la modernidad desarrollista que se han sucedido en la región. Considerando la riqueza y valor de esta tradición cultural, toda política de cooperación en comunicación y cultura debe centrar, a nuestro entender, sus acciones o iniciativas de intervención en los operadores cognitivos y semánticos de las formas de la tradición y la cultura común, privilegiando, frente a la visión enciclopédica y elitista de la cultura, la galaxia audiovisual por ser esta la más apropiada, según argumentaremos, para proyectar el capital simbólico socialmente disponible por la población de nuestros países en los mercados internacionales, poniendo así en valor el capital compartido por nuestros pueblos

desde el punto de vista de su inventiva y la original expresión de lengua y habla. No en vano, como dijera Lezama Lima, los pueblos que habitan nuestra región, se caracterizan por una gran capacidad de resistencia, e incluso más allá por una gran capacidad de reconquista indicativa de tres propiedades fundamentales de la potencia de nuestros marcos de identificación: la adaptabilidad, la inventiva o creatividad, y, complementariamente, la cultura de la reciprocidad.

1. **La cultura del mestizaje.** América Latina, y mucho antes Andalucía y algunas regiones de Portugal, constituyen territorios de grandes simbiosis y colonizaciones, de migraciones y mestizajes varios. La riqueza y aportaciones, físicas y simbólicas, alimentan culturas e identidades fuertes por su apertura al exterior, originales por sus puertas abiertas a los puentes de comunicación con otras civilizaciones. Este particular sincretismo no es desde luego exclusivo del Caribe, el principal territorio sujeto a estas movilidades y cambios históricos. La historia de Iberoamérica es, en general, la confluencia y cruces de culturas precolombinas y migrantes, la producción de múltiples mediaciones e hibridaciones creativas. A diferencia de Europa del norte, Iberoamérica se distingue por el color. Y el color, a diferencia de Estados Unidos, no es sólo blanco o negro, admite numerosas gamas, incluye un cúmulo diverso de expresiones culturales y formas afines, de costumbres, tradiciones y folklore combinatorias. Esto es, la mestización aquí ha sido un proceso social complejo que da cuenta de las condiciones culturales del espacio comunicativo iberoamericano, complementaria, por otra parte, de las migraciones, rasgo este también característico de la modernidad capitalista en Iberoamérica. La diferencia constituye pues un capital social de obligada referencia en la creación del poder constituyente y las posibilidades del desarrollo regional, al articular nuevas formas de *alteración* y organización del capital simbólico que hoy además adquiere especial relevancia entre nuestras dos comunidades. Pues, junto a la diversidad económica, y político-social que nos constituye como espacio geográfico, los pueblos iberoamericanos hoy viven nuevos procesos de expansión horizontal y de movilidad que permitirían articular nuevos vínculos históricos más allá de las heredadas forzosamente con el colonialismo.
2. **La cultura carnavalesca.** La vitalidad de la cultura latina se debe a la fiesta. Iberoamérica es un espacio regional del carnaval. La plaza del Arenal de Jerez, la de Birrambla en Granada o la plaza del Obispo en Málaga son espacios públicos constituidos por y para la fiesta. A diferencia del espacio comercial y lúdico-festivo castellano, las plazas en Andalucía, los zócalos capitalinos en el Caribe y, en general, en América Latina, son configuraciones urbanísticas pensadas por y para la convivencia y el contacto social. La fuerte cultura popular da cuenta de una compleja y dinámica gestión de las multitudes, del contacto y del contagio cultural. . . . La fiesta no es sólo un modelo de representación cultural, desde el punto de vista imaginario, también constituye las bases del sistema político y de la socialización cívica, influyendo en el trazado urbanístico de las ciudades, en las carreras oficiales, en el momento en que empiezan a codificarse y ser objeto de regulación. De lo popular a lo institucional. Plazas como las de Guadix o Almería, el Zócalo capitalino en el DF o las principales plazas públicas de Lima, responden a este patrón de ciudad abierta pensada tanto para regular las revueltas populares mediante el adoctrinamiento prototípico del

uso de la imagen de la cultura del retablo y del Barroco, como para la liberación de la fiesta, el contacto y la confusión de cuerpos e imaginarios.

3. **La cultura escenográfica.** La cultura iberoamericana es también, por lo general, una cultura espectacular, una cultura para lucir y ser vista, para mostrarse. La cultura escenográfica de Olivares o Marchena se ven en muchos municipios del Caribe o la Nueva España. Las calles de las ciudades andaluzas se hicieron para lucir sus arquitecturas y buscar efectos escenográficos en una suerte de tradición (herencia musulmana) y contradictoria asunción de lo íntimo con lo espectacular. Es el tiempo premoderno de crecimiento de las viejas ciudades de tradición islámica y trama irregular en su configuración urbana en el que la vitalidad cultural se extiende al Caribe y América Latina dando lugar hoy a una cultura e imaginario neobarroco apto para los tiempos de la *pantalla total*.

4. **La participación.** La proliferación de medios comunitarios, especialmente en Latinoamérica, constituye una divisa y signo de distinción de la historia de la comunicación regional, que por su importancia ha terminado por imponerse como referencia incluso en el ámbito científico. La tradición de la comunicación participativa desde la educación de adultos y popular de Paulo Freire a los telecentros comunitarios, de Luis Ramiro Beltrán pasando por colectivos de educadores populares como la asociación Calandria, da cuenta de una experiencia y una visión abierta de la comunicación social de obligada referencia en las políticas de cooperación y definición del espacio regional iberoamericano. La democracia participativa, o la defensa de la participación como cultura comunicacional en Iberoamérica, es además un reto estratégico, pues atañe directamente al problema de reconocimiento de la ciudadanía en Estados nacionales débiles, con un espacio público concentrado, fuertemente clasista y dominado por la discriminación racial, en el que amplios colectivos de población reivindican su derecho a la palabra por falta de canales de acceso y visibilidad en el espacio informativo institucional. Si se trata de procurar una nueva ciudadanía cultural iberoamericana, cabría cuestionarse en este sentido si es viable un espacio común sobre las bases inconsistentes de Estados nacionales debilitados y en menguante potencia reguladora o más bien si no sería conveniente, por el contrario, definir un sistema sobre los derechos de la comunicación no realizados en el marco nacional, a fin de permitir el *empoderamiento* de estos actores sociales como base de construcción de la comunicación y la industria cultural regional.

Ahora bien, la disposición y puesta en valor del capital cultural potente, diverso y rico que hemos descrito pasa por ser perfiladas las políticas públicas desde nuevos parámetros.

AGENDA PARA LA ACCIÓN

A partir de los rasgos característicos de la comunicación y la cultura regional señalados, debemos pensar, primero, cómo podemos construir la ciudadanía cultural iberoamericana en una región marcada por identidades frágiles, por fugaces modelos culturales de integración en el marco de débiles Estados-nación impugnados por la insurgente voluntad de subsistencia indígena e incesantes flujos migratorios, por formas de integración económica dependiente y desequilibrios en los consumos culturales. Algunas líneas de desarrollo fundamentales en esta línea para conformar un programa o agenda de trabajo son las que a continuación indicamos:

1. Observatorios de comunicación y políticas culturales. Iniciativas municipales como la ciudad de Buenos Aires, o propuestas ciudadanas como las Veedurías en Lima apuntan la pertinencia de construir puentes de articulación entre la comunicación y la cultura más allá del Estado-nación, promoviendo plataformas de investigación y desarrollo en el marco de las capitalidades culturales o los principales nodos de conexión del capitalismo periférico en la región. Una de las tareas pendientes de estas instituciones es la definición de indicadores de desarrollo y la generación de Libros Blancos de la Comunicación que sienten las bases de una cooperación cultural efectiva a escala regional, o incluso en unidades territoriales de proximidad, con suficiente conocimiento de causa para la toma de decisiones, una tarea esta aún pendiente en las políticas públicas en Iberoamérica. Estos observatorios pueden cumplir en este sentido una función estratégica como espacio de referencia de los esfuerzos de articulación de redes de gestores políticos de comunicación y cultura, identificando los principales sistemas de información propios, así como los expertos y conocimientos socialmente disponibles en el proyecto de construcción del mercado y la industria cultural regional.
2. Redefinición de las políticas de cooperación. Del mismo modo que es preciso procurar una política de cooperación multilateral y polivalente, iniciativas como el Programa ALIS deben ser reformuladas para pasar de la transferencia de tecnologías o saber-hacer, en línea con la política de difusión de innovaciones, a la cultura de la convergencia y la cooperación activa. Hasta la fecha, la cooperación multilateral entre países, lejos de garantizar la diversidad ecológica del sistema mediático en los países del Sur, están resultando coartadas para legitimar un proceso, calificado por otra parte como imparable, en función del modelo capitalista de desarrollo económico liberal, que hoy

llega a resultar cuando menos alarmante incluso para la propia UNESCO, a la luz del diagnóstico de la situación crítica de dependencia de las “culturas periféricas” en el mercado global de la comunicación. Así, la política española de cooperación en América Latina viene cada día más condicionada por los intereses económicos estratégicos de operadoras como Telefónica, quedando supeditada la visión político-cultural a los criterios instrumentales de crecimiento económico y ampliación del mercado. Si aceptamos la hipótesis de la ineficaz consecución del mercado regional a partir de los intereses de este tipo de actores en el sector de la comunicación y la cultura regional, parece necesario redefinir, en consecuencia, los parámetros y criterios de actuación a largo plazo de las políticas de cooperación regional, desde una perspectiva crítica.

3. Empoderamiento de lo hispano o latino. Mesoamérica, Pacto Andino, MERCOSUR, ALBA. . . Hoy existen numerosas formas de integración política y económica en la región que, junto a la compleja y diversa realidad económica de las industrias culturales, hacen difícil el reconocimiento de un horizonte común de progreso que valore lo latino o hispano en Iberoamérica. Lejos no obstante de pretender unificar los espacios e iniciativas de cooperación, la idea de priorizar la valorización de lo latino trata, por el contrario, de definir distintas regiones culturales y, en consecuencia, diferentes plataformas multilaterales de cooperación que converjan o actúen complementariamente en el mercado regional. En este proceso, es vital el reconocimiento de lo propio y común, como apunta Renato Ortiz, de nuestros espacios lingüísticos, los de la lusofonía y el mundo hispánico. Tanto desde el punto de vista de la cultura científica como de las políticas culturales de defensa del idioma y de la industria cultural ligada a la lengua, es vital defender la diversidad cultural y promover las lenguas maternas e incluso las minoritarias indígenas como patrimonio cultural iberoamericano, más allá del marco del Estado-nación. Se trataría, en fin, de procurar una política de cooperación basada en el reconocimiento de las diferencias para exigir el reconocimiento en el sistema global de comunicación de nuestra potencia y especificidad cultural, que debe ser puesta en valor, expresada y defendida en las políticas públicas para construir nuestras historias y modelos culturales reconociéndonos latinos o hispanos de un mismo espacio cultural imaginario.
4. La identidad negada de la cultura indígena. En este sentido, un compromiso estratégico de la cooperación en comunicación y cultura es la recuperación de la memoria colectiva, de las luchas y frentes culturales perdidos o conquistados, de la actualización en fin de nuestra historia común. Especialmente en lo que se refiere al debate de los años setenta sobre comunicación y diversidad cultural, las discusiones sobre soberanía y modelos de desarrollo, la exclusión de minorías étnicas y lingüísticas en la comunicación internacional, o las formas de control ideológico y hegemonía neocolonial, hoy deben ser revisadas dando el lugar que no tuvieron a las identidades silenciadas o reprimidas del indigenismo, cuya tradición milenaria debe ocupar una función protagonista en la defensa de una política de cooperación que asuma radicalmente el principio de diversidad cultural.

5. La formación de agentes culturales. La experiencia de programas académicos de intercambio como el hispano-brasileño CAPES/MEC hace recomendable su extensión e impulso para complementar iniciativas como el Plan ACERCA, haciendo posible la valorización del patrimonio intelectual común, así como la valorización lingüística y el reconocimiento mutuo desde la experiencia práctica inmediata de los responsables de la gestión y aplicación de las políticas culturales. La política de cooperación requiere, en la misma línea, políticas de cooperación en materia educativa a partir de la integración de espacios académicos institucionales como FELAFACS o ALAIC, que deben coordinar sus esfuerzos en plataformas comunes como la Asociación Iberoamericana de Comunicación, contribuyendo así a la integración universitaria y al impulso de programas de intercambio y formación experta en comunicación y cultura similares al equivalente regional del programa europeo ERASMUS MUNDUS en la formación especializada de postgrado. La articulación de un Programa Internacional de Investigación de Comunicación para el Cambio Social sobre cultura, desarrollo y mediación social que aborde cuestiones estratégicas en la región como el desarrollo urbano y las nuevas tecnologías de la información debería conformar, en la misma línea, uno de los ejes prioritarios de la acción exterior de las políticas públicas de agencias como AECI en el espacio regional.
6. La articulación de redes de ciudades culturales. Una nueva ciudadanía cultural iberoamericana, una ciudadanía activa, pasa hoy por la realización tanto del derecho a la cultura y acceso al patrimonio histórico de la ciudad, como por la capacidad de autonomía y determinación pública de las condiciones de desarrollo y convivencia en el contexto inmediato de desenvolvimiento individual y colectivo. La unidad de intervención básica de las políticas públicas, considerando los argumentos antes expuestos, debe ser la ciudad. Experiencias como URBACT en Europa, la proliferación de algunos observatorios locales, y la desvertebración del Estado-nación en Iberoamérica sientan las bases propicias para aprender de las redes y circuitos culturales de grandes y medianas ciudades del subcontinente, siguiendo experiencias como las de la Capitalidad Cultural Iberoamericana, que a nuestro juicio pueden contribuir a poner en valor y visibilizar nuestro patrimonio simbólico proyectando espacios de organización en red de ciudades con señas de identidad, políticas de desarrollo o mercados de turismo similares, que a medio plazo pueden dar lugar a la creación de nuevos yacimientos de producción de contenidos, de generación de conocimiento y de articulación de proyectos e cooperación cuyo impacto puede resultar significativo en el mercado regional.
7. El protagonismo del Tercer Sector. El contexto internacional de interdependencia plantea nuevas relaciones entre política y producción cultural y entre gobierno y movimientos sociales. El proyecto de una ciudadanía cultural iberoamericana, en el marco de Estados-nación débiles y un mercado dependiente o periférico, exige desde nuestro punto de vista reforzar las políticas de participación y desarrollo con mayor protagonismo del Tercer Sector. Si el Príncipe no ocupa su espacio y el Mercader favorece un tipo de intercambio al margen de los intereses del mercado y productores locales, parece lógico imaginar otro sujeto o eje de intervención en las políticas públicas de cooperación. En este marco, la función de las políticas de comunicación y cultura debe ser, de acuerdo con García Canclini, la

promoción, dinamización y desarrollo cultural. Pero para garantizar el reclamo de diversidad cultural deben ser favorecidas las políticas activas de promoción de plataformas intersectoriales e interinstitucionales de aquellos territorios y sectores de la comunicación y la cultura amenazadas por una liberalización autoritaria que concentra los recursos, despilfarra las fuentes de creatividad social y anula, por lo general, los derechos ciudadanos sobre los bienes y servicios culturales. Y, en este proceso, es vital el papel del Tercer Sector y del movimiento altermundialista, que, a su vez, debe pasar de la lógica de la negación a la estrategia de la programación politizada del campo de la comunicación y la cultura a nivel estatal, regional y supranacional. Cambiando, para ello, lógicamente, de enfoque y ángulo de visión de las políticas públicas en la materia.

8. Fomento de la industria radiotelevisiva y musical. Reseñada la importancia de la cultura popular, de la cultura oral en Iberoamérica, parece claro, a raíz de los análisis de los logros y obstáculos de construcción del mercado regional, que han de cambiar las prioridades de las políticas públicas, procurando invertir esfuerzos y recursos en dos pilares de la cultura común de nuestro espacio regional: la cultura audiovisual, ámbito abandonado tradicionalmente en las políticas internacionales de los operadores públicos de televisión, aún existiendo experiencias importantes como ATEI; y la industria musical, cuyo imaginario, en el mercado global, sitúa a la cultura latina como un claro exponente de creatividad y tradición cultural específica. Falta no obstante un mayor conocimiento e iniciativas dirigidas a ambos sectores, frente a la preeminencia de la política de bellas artes, centrada por ejemplo en el cine, o la promoción de la galaxia Gutenberg, en beneficio del sector editorial.
9. Constitución de redes de televisiones públicas. De las principales conclusiones de los informes sobre el estado de la comunicación en Iberoamérica, se infiere la ausencia de políticas de redes de operadores públicos en la región, salvo el caso de ATEI, pese a existir intentos de articulación en el ámbito nacional, como es el caso de México o Brasil, e incluso bilateral como el reciente encuentro hispano-mexicano. Complementariamente a iniciativas como ATEI o IBERMEDIA, se observan carencias importantes en materia de cooperación, coordinación e intercambio en el sector audiovisual que contribuyan a la producción y distribución de contenidos audiovisuales de calidad, reforzando la función pública del sistema radiotelevisivo en la región. El desarrollo de esta voluntad de articulación es imprescindible para definir políticas de valorización del patrimonio cultural en las redes digitales. Como demuestra la ciencia regional, toda política de desarrollo exige diversas estrategias de coproducción, la convergencia y diseño de redes de productores y distribuidores culturales, tal y como ilustra en la UE la experiencia de programas como MEDIA. Pero el mercado no garantiza la realización de este principio. Debe ser, por ello, el sector público, y especialmente la industria radiotelevisiva, la que lidere esta política de cooperación audiovisual en Iberoamérica, tanto para promover los valores del servicio público en el sector televisivo como para hacer factible la construcción del mercado audiovisual regional y la cultura común necesarias

para modificar las condiciones estructurales desfavorables a la industria cultural autóctona.

10. Replanteamiento de la doctrina y la política de derechos de autor. Por último, como advierte Negri, la fuerza de trabajo inmaterial requiere libertad para expresarse y producir (Negri/Cocco, 2006: 169). Frente a los cercamientos, a los bloqueos y apropiaciones privadas, la política cultural de cooperación debe en consecuencia poner en contacto a los trabajadores de la industria de la comunicación y la cultura, garantizando la liberación de las energías creativas. Ello pasa por el replanteamiento de las políticas públicas de gestión de los derechos de propiedad intelectual, tratando de promover los derechos colectivos, lo procomún. Una tarea prioritaria, en esta línea, de la Secretaría Iberoamericana de Telecomunicaciones es revisar los principios y visiones, los métodos y objetivos de la política angloamericana hoy hegemónica, jurídica e ideológicamente, en el desarrollo de la Sociedad del Conocimiento. Si el problema de la comunicación y la cultura en nuestro tiempo es la lucha por el código, por la apropiación de lo inmaterial, por el patrimonio cultural común, sujeto a un proceso de progresiva desmaterialización y desterritorialización objeto a su vez de un intensivo intercambio, el nuevo derecho público de la producción intelectual, el reconocimiento de la autovaloración y de las diversas formas de autoproducción (de las favelas, del sector terciario informal, de la libertad de circular en red), debe realizarse garantizando una esfera pública que reconozca las dimensiones productivas de la ciudadanía y los intereses colectivos frente al modelo tradicional de acumulación y apropiación de los bienes culturales. Más allá del Estado y del mercado, la renuncia a cuestionar el sistema de patentes y de derechos de propiedad intelectual socava las posibilidades del pacto social necesario para la realización de los derechos culturales en la región. Por ello, no es posible pensar un proyecto de cooperación sin impugnar el actual sistema internacional de regulación de estos derechos. Y, de momento, Iberoamérica no ha planteado alternativas políticas en su estrategia de posicionamiento, salvo para cumplir fielmente las exigencias de la OMC y de las normas angloamericanas de explotación mercantil del sector de la comunicación y la cultura, en contra, incluso, de sus propios intereses.

Ahora bien, de la capacidad de respuesta a este y otros retos de futuro dependerá, según hemos tratado de argumentar, los horizontes de progreso de la cultura latina en la Sociedad de la Información. . . Pensando, en fin, en lo procomún como alfa y omega de un proyecto compartido de comunidad. Este será el reto de futuro en los próximos años.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTOLOMEU JÁCOMO, A. (2004): “Cultura de fronteira: Um desafio à integração”, Centro de Estudios Ibéricos (www.cei.pt) (Consultado: 30 de Julio de 2006).
- BASTENIER, Miguel Ángel (2006): “Esp-ugal o Portu-paña”, El País, miércoles 4 de octubre, p. 10.
- BOLAÑO, César; MASTRINI, Guillermo y SIERRA, Francisco (Eds.) (2005): *Economía Política, comunicación y conocimiento. Una perspectiva crítica latinoamericana*, Buenos Aires: La Crujía.
- CHACÓN, V. (2005): *A grande Iberia. Convergencias e divergencias de uma tendencia*, Brasil: UNESP.
- NEGRI, T. y COCCO, Giuseppe (2006): *Global. Biopoder y luchas en una América latina globalizada*, Buenos Aires: Paidós.
- PETSCHEN, Santiago (2006): “El iberismo”, El País, jueves 28 de Septiembre, p. 17.
- RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Fernando (2005): “El concepto de iberismo y su sentido Actual”, Centro de Estudios Ibéricos (www.cei.pt) (Consultado: 31 de Julio de 2006).
- SARAMAGO, José (1993): *La balsa de piedra*, Madrid: Alfaguara.
- SIERRA, Francisco (2001): *Comunicación, educación y desarrollo. Apuntes para una historia de la comunicación educativa*, Sevilla: Comunicación Social Ediciones.
- SIERRA, Francisco (2006a): *Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la sociedad del conocimiento*, Barcelona: Gedisa.
- SIERRA, Francisco (2006b): *Comunicación y desarrollo social. Fundamentos teóricos y prácticos*, Madrid: UNED.
- SIERRA, Francisco (2008a): “Del Estado débil a la cooperación multivalente” en Enrique BUSTAMANTE (Ed.). *La cooperación cultura-comunicación en Iberoamérica*, Madrid, AEI, pp. 103-112.
- SIERRA; Francisco (2008b): “Pensar sin Estado. Política y economía de la comunicación en el Capitalismo Cognitivo” en Murilo César Ramos y Nelia Del Bianco (Orgs.). *Estado e Comunicação*, Brasilia: INTERCOM/UnB, pp.59-92.
- SIERRA, Francisco (2008c): “Comunicación y desarrollo en la era imperial. Imaginar otra comunicación posible” en Carlos Del Valle et al. (Eds.). *Contrapuntos y entrelineas. Sobre cultura, comunicación y discurso*, Valdivia: Universidad Austral, pp. 386-391.
- SIERRA, Francisco (2008c): “Sociedad de la información y Comunicología. Una crítica económico-política” en Manuel Martínez Nicolás. *Para investigar la comunicación. Propuestas teórico-metodológicas*, Madrid: Tecnos, pp. 201-224.
- SIERRA, Francisco (2008d): “Sociedad de la información y cultura ibérica. Nuevos horizontes político-culturales” en SIERRA, Francisco; Francisco Javier GÓMEZ y Moisés de LEMOS (Coords.) (2008). *Comunicación y desarrollo cultural en la Península Ibérica. Retos de la Sociedad de la Información*, Sevilla: Secretariado de Publicaciones USE, pp.15-22.

